

habían conducido, salió de la sala del interrogatorio y volvió al calabozo.

Quizás el lector aguarda ahora la explicación de la mudanza que se operó en la fisonomía del marqués de Vanni al leer el billete del príncipe de Castelcicala, y de la determinación tomada respecto al preso.

La explicación será muy sencilla; consistirá en poner á la vista del lector el texto mismo del billete; helo aquí :

« El rey acaba de llegar. El ejército napolitano ha sido derrotado ; los franceses estarán aquí dentro de quince días.

» C. »

Así pues, el marqués Vanni había reflexionado que en el momento en que los franceses iban á entrar en Nápoles, no era oportuno dar tormento á un preso, cuyo único delito era ser partidario de los franceses.

En cuanto á Nicolino, entró en el calabozo número 3, segundo piso, debajo del entresuelo, como él decía, sin saber á qué dichosa casualidad era deudor de haberse librado á tan poca costa.

CAPÍTULO IX

El abad Pronio

Poco más ó menos á la misma hora en que el procurador fiscal Vanni mandaba volver á Nicolino á su calabozo, el cardenal Ruffo, para cumplir la promesa que había hecho al rey, se presentaba á la puerta de sus aposentos.

Estaba dada la orden de recibirle, y llegó sin ningún impedimento hasta la cámara del rey.

Conversaba con el rey un hombre de unos cuarenta años, en quien se podía reconocer á un abad por la imperceptible tonsura que desaparecía en medio de un bosque de negros cabellos. Era, por lo demás, notablemente fornido, y parecía más á propósito para llevar el uniforme de carabinero que los hábitos sacerdotales.

Ruffo dió un paso atrás.

— Perdonad, señor, dijo ; creí hallar á V. M. solo.

— Entrad, entrad, mi querido cardenal, dijo el rey, no estaréis de más; os presento al abad Pronio.

— Perdonad, señor, dijo Ruffo sonriendo; pero yo no conozco al abad Pronio.

— Ni yo tampoco, dijo el rey. El señor abad ha entrado un minuto antes que Vuestra Eminencia; viene de parte de mi confesor, monseñor Rossi, obispo de Nicosia, y abría ya la boca para contarme lo que le trae á mi presencia; de manera que nos lo contará á los dos en lugar de contármelo á mí solo. Todo lo que sé por las pocas palabras que el señor abad me ha dicho, es que es un hombre que habla bien y que promete obrar mejor todavía. Contad vuestro asunto, el señor cardenal es amigo mío.

— Lo sé, señor, dijo el abad inclinándose ante el cardenal, y de los mejores.

— Si no tengo el honor de conocer al señor abad Pronio, ya veis que en cambio el señor abad Pronio me conoce.

— ¡Y quién no os conoce, señor cardenal, á vos, el fortificador de Ancona! ¡á vos, el inventor de un nuevo horno para calentar las balas rojas!

— ¡Ah! os han cogido, Eminentísimo. Esperabais que os cumplimentasen por vuestra elocuencia y

vuestra santidad, y he aquí que os cumplimentan por vuestras hazañas militares.

— Sí, señor, y ¡ojalá que V. M. hubiese confiado el mando del ejército á Su Eminencia en lugar de confiarle á un fanfarrón austriaco!

— Señor abad, acabáis de decir una grandísima verdad, dijo el rey poniendo una mano sobre el hombro de Pronio.

Ruffo se inclinó.

— Pero yo supongo, dijo, que el señor abad no habrá venido solamente para decir verdades que me permitirá tomar por alabanzas.

— Vuestra Eminencia tiene razón, dijo Pronio inclinándose á su vez; pero una verdad dicha de cuando en cuando y siempre que la ocasión se presente, aunque á veces pueda perjudicar al imprudente que la dice, no puede perjudicar jamás al rey que la oye.

— Tenéis talento, dijo Ruffo.

— Eso mismo he pensado yo en seguida que le he visto, dijo el rey; y sin embargo, no es más que simple abad, cuando, para mengua de mi ministro de Cultos, tengo en mi reino tantos burros que son obispos.

— Todo eso no nos explica el objeto que trae el señor abad.

— ¡ Decid, decid, abad ! el cardenal me recuerda que tengo que hacer ; os escuchamos.

— Seré breve, señor. Yo estaba ayer á las nueve de la noche en casa de mi sobrino, que es maestro de postas.

— Calla, es verdad, dijo el rey ; yo buscaba en mi memoria dónde os había visto. Ahora me acuerdo ; fué allí.

— Justamente, señor. Diez minutos antes había pasado un correo, que pidió caballos y dijo al maestro de postas : « Sobre todo no hagáis esperar ; son para un gran señor ; » y esto dicho, partió riéndose. Me entró entonces la curiosidad de ver aquel gran señor, y cuando el carruaje se detuvo, me acerqué á él, y con gran sorpresa mía conocí al rey.

— Me conoció y no preguntó nada ; esto es ya una delicadeza de su parte, ¿ no es verdad, Eminentísimo ?

— Me reservaba para esta mañana, señor, dijo el abad inclinándose.

— ¡ Continudad, continuad ! ya veis que el cardenal os escucha.

— Con grandísima atención, señor.

— El rey á quien se creía en Roma, continuó Pronio, volvía en un cabriolé, acompañado de un solo

caballero que llevaba la ropa del rey, en tanto que el rey llevaba la ropa de aquel caballero ; esto era un acontecimiento.

— ¡ Y grande ! dijo el rey.

— Interrogué á los postillones de Fondi, y de postillones en postillones, remontando hasta los de Albano, los nuestros supieron que había tenido lugar una batalla, que los napolitanos habían sido derrotados, y que el rey — ¿ cómo diré esto, señor ? preguntó inclinándose respetuosamente el abad, — y que el rey...

— ¡ Tomaba soleta ! dijo Fernando.

— Asaltóme entonces la idea de que si los napolitanos estaban realmente en fuga, correrían hasta Nápoles, y que, por consiguiente, no habría más que un medio de detener á los franceses.

— Veamos el medio.

— Sublevar los Abruzzos y la Tierra de Labor, y supuesto que no hay ya ejército que oponerles, oponerles un pueblo.

Ruffo miró á Pronio.

— ¿ Seríais acaso un hombre de genio, capaz de intentarlo, señor abad ? le preguntó.

— ¿ Quién sabe ? respondió el abad.

— Dejadle hablar, dejadle hablar, dijo el rey.

— Con esta idea, tomé esta mañana un caballo en

casa de mi primo, y vine á galope tendido hasta Capua; en la posta de Capua me informé, y supe que Su Majestad estaba en Caserta; entonces vine á Caserta y me presenté osadamente á la puerta del rey, diciendo que venía de parte de monseñor Rossi, obispo de Nicosia y confesor de S. M.

— ¿ Conocéis á monseñor Rossi ? preguntó Ruffo.

— En mi vida le he visto, dijo el abad; pero esperaba que el rey me perdonaría esta mentira en gracia de la buena intención.

— ¡ Pardiez ! vaya si os perdono, dijo el rey, Eminencia, dadle en seguida la absolución.

— Ahora, señor, ya lo sabéis todo, dijo Pronio: si el rey adopta mi proyecto de insurrección, ni un reguero de pólvora irá más rápido; proclamo la guerra santa, y antes de ocho días sublevo todo el país desde Aquila hasta Teano.

— ¿ Y vos solo haréis todo eso ? preguntó Ruffo.

— No, monseñor; llevaré conmigo dos hombres de acción.

— ¿ Y quiénes son esos dos hombres ?

— El uno es Cayetano Mammone, más conocido con el nombre del *molineró de Sora*.

— Creo haber oído su nombre, dijo el rey, á propósito del asesinato de aquellos dos jacobinos della Torre.

— Es muy posible, señor, replicó el abad Pronio; es raro que Cayetano no esté donde matan á alguien: á diez leguas á la redonda husmea la sangre.

— ¿ Le conocéis ? preguntó Ruffo.

— Es amigo mío, Eminencia.

— ¿ Y quién es el otro ?

— Un joven bandolero que promete mucho; llamase Miguel Pezza; pero ha adoptado el nombre de fra Diávolo, en atención sin duda á que lo que hay más maligno en el mundo es un fraile y lo más malo el diablo. Tiene apenas veintiún años y es ya jefe de una partida de treinta hombres que recorren las montañas de Mignano. Estaba enamorado de la hija de un carretero de Itri; pidióla en matrimonio; se la negaron; entonces advirtió legalmente á su rival, llamado Pepino, que le mataría si no renunciaba á Francesca, así se llamaba la joven; su rival persistió, y Miguel Pezza le cumplió la palabra.

— ¿ Le ha matado ? preguntó Ruffo.

— Eminencia, es mi penitente. Hace quince días que con seis hombres de los más resueltos de su partida, penetró una noche, por el jardín que da á la montaña, en la casa del padre de Francesca, robó su hija y se la llevó consigo. Parece que mi hombre tiene una habilidad particular para hacerse querer

de las mujeres, porque Francesca, que amaba á Pepino, adora á fra Diávolo, y saltea los caminos con él, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

— ¿Y son esos los hombres que pensáis emplear? preguntó el rey.

— Señor, no se subleva un país con seminaristas.

— El abad tiene razón, señor, dijo Ruffo.

— ¡Está bien! ¿Y con esos medios esperáis conseguir vuestro intento?

— Respondo de todo.

— ¿Y sublevaréis los Abruzzos y la Tierra de Labor?

— Desde los niños hasta los ancianos. Yo conozco á todo el mundo y todo el mundo me conoce allí.

— Me parece que estáis muy seguro del éxito, dijo el cardenal.

— Tan seguro, que autorizo á Vuestra Eminencia á que me mande fusilar si no lo consigo.

— ¿Y pensáis convertir á vuestro amigo Cayetano Mammoni y á vuestro penitente fra Diávolo en vuestros dos tenientes?

— Pienso hacerlos dos capitanes como yo, pues no valen ni más ni menos que yo. Que el rey se digne tan sólo firmar mi despacho y los suyos, para pro-

bar á los montañeses que obramos en su nombre, y yo respondo de todo.

— ¡Eh! ¡eh! dijo el rey, yo no soy escrupuloso; pero nombrar capitanes á dos mozos como esos... ¿Me concederéis diez minutos para pensarlo, no es eso, abad?

— Diez, veinte, treinta, señor, no temo nada. El negocio es demasiado ventajoso para que V. M. lo rechace, y Su Eminencia es demasiado adicto á los intereses de la corona para no aconsejárselo.

— Pues bien, abad, dijo el rey, dejadnos un momento solos á Su Eminencia y á mí: vamos á hablar de vuestra proposición.

— Señor, yo estaré en la antecámara leyendo el breviario; S. M. me mandará á llamar cuando haya tomado una resolución.

Pronio saludó y salió.

El rey y el cardenal se miraron.

— Y bien, ¿qué decís de ese abad, Eminentísimo? dijo el rey.

— Digo que es un hombre, señor, y que los hombres son raros.

— ¡Vaya un extraño San Bernardo para predicar una cruzada! ¿qué os parece?

— Señor, quizás conseguirá más de lo que consiguió el verdadero.

— ¿ Sois, pues, de opinión de que acepte su ofrecimiento ?

— En la posición en que estamos, señor, no creo que haya ningún inconveniente.

— Pero, decidme, cuando uno es nieto de Luis XIV y se llama Fernando de Borbón, ¿ os parece que puede confirmar con su nombre los despachos de un capitán de bandoleros y de un hombre que bebe sangre como si bebiera agua clara ? Sabed que conozco al tal Cayetano Mammone, de nombre al menos.

— Comprendo la repugnancia de V. M., señor ; pero firmad solamente el del abad, y autorizadle para que firme los de los otros.

— Sois un hombre inapreciable ; con vos siempre se sale de apuros. ¿ Llamamos al abad ?

— No, señor, dejémosle leer su breviario ; nosotros tenemos que arreglar algunos asunfillos, por lo menos tan urgentes como los suyos.

— Es verdad.

— Ayer V. M. me hizo el honor de pedirme parecer sobre la falsificación de cierta carta.

— Me acuerdo perfectamente ; y también de que me pedisteis la noche para reflexionar. Eminentísimo, ¿ habéis reflexionado ?

— No he hecho otra cosa, señor.

— ¿ Y qué habéis averiguado ?

— Que hay un hecho que V. M. no podrá negarme, y es que tengo el honor de ser aborrecido por la reina.

— Eso sucede á todos los que me son fieles y adictos, mi querido cardenal ; si tuviésemos la desgracia de indisponernos, la reina os adoraría.

— Ahora bien, siendo ya bastante aborrecido por ella, desearía, si fuese posible, que no me detestase más.

— ¿ Y por qué me decís eso ahora ?

— Lo digo á propósito de la carta de S. M. el emperador de Austria.

— ¿ Qué creéis, pues ?

— Yo no creo nada ; pero observad cómo han pasado las cosas.

— Veamos, dijo el rey poniendo los codos en los brazos de su sillón para escuchar más cómodamente.

— ¿ Á qué hora salió V. M. para Nápoles, con el señor Andrés Backer, el día en que el joven tuvo el honor de comer con V. M. ?

— Entre cinco y seis.

— Pues bien, entre seis y siete, es decir, una hora después que V. M. hubo partido, dióse aviso al maestro de postas de Capua para que dijese á á Ferrari cuando fuese á mudar de caballo, que no

tenía necesidad de ir á Nápoles, puesto que V. M. se hallaba en Caserta.

— ¿Quién dió semejante aviso?

— Deseo no nombrar á nadie, señor; pero no impido que V. M. adivine.

— Seguid, os escucho.

— Ferrari, en lugar de ir á Nápoles, vino, pues, á Caserta. ¿Para qué se quería que viniese á Caserta? No lo sé. Probablemente para sobornarlo.

— Ya os he dicho, mi querido cardenal, que le consideraba incapaz de engañarme.

— No han tenido que tomarse el trabajo de poner á prueba su fidelidad. Ferrari, á consecuencia de su caída, perdió los sentidos y fué conducido á la botica.

— Por el secretario de Mr. Actón, ya sabemos eso...

— Allí, temiendo que su desmayo fuese demasiado corto y que volviese en sí cuando menos lo esperasen, se juzgó conveniente prolongar el desmayo por medio de algunas gotas de láudano.

— ¿Quién os ha dicho eso?

— No he necesitado interrogar á nadie. El que no quiere ser engañado debe averiguar las cosas por sí propio.

El cardenal sacó del bolsillo una cucharilla de café.

— He aquí, dijo, la cuchara con que le introdujeron el narcótico en la boca; todavía queda una capa en el fondo de la cuchara, lo que prueba que el herido no bebió el láudano por sí propio, pues que en este caso hubiera hecho desaparecer esta capa con los labios, y el olor acre y persistente del opio, después de más de un mes, revela á qué substancia pertenecía esta capa.

— El rey miró al cardenal con la cándida sorpresa que manifestaba, siempre que se le demostraba una cosa que solo él no hubiese hallado, porque excedía los límites de su inteligencia.

— ¿Y quién ha hecho eso? preguntó.

— Señor, respondió el cardenal, yo no nombro á nadie; digo lo han hecho. ¿Quién? Lo ignoro.

— ¿Y luego?

— Vuestra Majestad quiere saberlo todo, ¿no es verdad?

— ¡Pues es claro que quiero saberlo todo!

— Pues, bien, señor; cuando Ferrari se desmayó por la violencia del golpe, y se durmió, por la dosis de láudano, le sacaron la carta del bolsillo, la abrieron calentando el sello á la luz de una bujía, la leyeron, y como contenía lo contrario de lo que esperaban, borrarón lo escrito con ácido oxálico.

— ¿Y cómo sabéis precisamente con qué ácido?

— Ved aquí la botellita que contiene aún la mitad del líquido.

Y el cardenal sacó del bolsillo un frasco que contenía un líquido claro como agua destilada.

— ¿Y decís, preguntó el rey, que con este licor se puede borrar lo escrito?

— Tenga S. M. la bondad de darme una carta que no le sirva.

El rey tomó el primer papel que halló á mano, sobre el cual derramó el cardenal dos ó tres gotas del líquido, extendiéndole con el dedo hasta cubrir cuatro ó cinco líneas y aguardó.

La tinta empezó por volverse amarilla y luego poco á poco desapareció.

El cardenal lavó el papel con agua clara, y entre las líneas escritas, mostró al rey un espacio blanco que secó al fuego, y sobre el cual escribió dos ó tres líneas.

La demostración no dejaba nada que desear.

— ¡ Ah ! ¡ San Nicandro, San Nicandro ! ¡ Cuando pienso que hubieras podido enseñarme todo esto !

— Él no hubiera podido, señor, porque no lo sabía ; pero debió hacérselo aprender por otros más sabios.

— Volvamos á nuestro asunto, dijo el rey exhalando un suspiro. ¿ Qué pasó después ?

— Pasó, señor, que después de sustituir á la ne-

gativa del emperador una adhesión, cerraron de nuevo la carta y la sellaron con un sello parecido al de S. M. imperial, sólo que, como era de noche cuando hicieron esta operación, no distinguieron bien que el lacre con que ponían el segundo sello era un poco más obscuro que el primero.

Y así diciendo el cardenal enseñó al rey la carta por el lado del sello.

— Ved, señor, la diferencia que hay entre los dos lacres.

— Es verdad, exclamó el rey, ¡ por Dios que es verdad !

— Además, añadió el cardenal, ved la barra de lacre que ha servido para poner el segundo sello.

El rey miraba sorprendido las tres pruebas del delito ; la cuchara, el frasco y la barra de lacre que Ruffo había colocado encima de la mesa.

— ¿ Y cómo habéis adquirido todo esto ? preguntó el rey, tan interesado por la astucia con que el cardenal había buscado la verdad, que no quería perder el más mínimo pormenor.

— De la manera más sencilla, señor. Yo soy casi el único médico de vuestra colonia de San Lucio ; así es que voy de cuando en cuando á la botica de palacio para buscar algunos medicamentos ; esta mañana fui á la botica, como de costumbre, pero

con objeto especial y allí encontré *esta cuchara* sobre la mesa de noche, *este frasco* en el armario de cristales, y esta *barra de lacre* encima de la mesa.

— ¿Y esto os ha bastado para descubrirlo todo?

— El cardenal de Richelieu no pedía más que tres líneas del escrito de un hombre para mandarle ahorcar.

— Es verdad, dijo el rey; pero desgraciadamente hay personas á quienes no se puede ahorcar, por mucho mal que hayan hecho.

— Ahora, dijo el cardenal mirando fijamente al rey, ¿apreciáis mucho á Ferrari?

— Vaya si le aprecio.

— Pues bien, señor, no sería malo alejarle por algún tiempo. Creo que el aire de Nápoles no es nada saludable para él en este momento.

— ¿Lo creéis así?

— Estoy seguro de ello.

— ¡Pardiez! es muy sencillo; voy á enviarle otra vez á Viena.

— Es un viaje penoso, señor; pero hay penas saludables.

— Por lo demás, ya comprenderéis, Eminentísimo, que quiero saber toda la verdad del caso. Voy á devolver al emperador mi yerno el despacho en que me dice que se pondrá en campaña tan

luego como yo entrase en Roma, y le preguntaré su opinión sobre esto.

— Y para que nadie sospeche nada, V. M. debe salir para Nápoles hoy mismo con todo el mundo, diciendo á Ferrari que venga á buscarme esta noche á San Lucio, y que ejecute mis órdenes como si fuesen las de V. M.

— ¿Y qué haréis?

— Escribiré al emperador en nombre de V. M., manifestándole sus recelos, y suplicándole que envíe la respuesta á mi nombre.

— ¡Magnífico! pero Ferrari va á caer en poder de los franceses; ya debéis comprender que los caminos estarán tomados.

— Ferrari irá por Benevento y Foggia á Manfredonia; allí se embarcará para Trieste, y en Trieste tomará la posta para Viena.

— ¡Sois un hombre prodigioso, mi querido cardenal! para vos nada hay imposible.

— ¿Agrada á V. M. este plan?

— Sería muy descontentadizo si no me agradase.

— Entonces, señor, pasemos á otra cosa; ya sabéis que cada minuto es una hora, cada hora un día y cada día un año.

— Ocupémonos del abad Pronio, ¿no es eso lo que queréis decir? dijo el rey.

— Justamente, señor.

— ¿Creéis que habrá tenido tiempo de leer su breviario? preguntó riendo el rey.

— ¡ Bueno ! si no ha tenido tiempo de leerlo hoy lo leerá mañana, dijo Ruffo; no es hombre que tema condenarse por tan poca cosa.

Ruffo llamó.

Presentóse un lacayo.

— Decid al abad Pronio que le aguardamos, dijo el rey.

CAPÍTULO X

Un discípulo de Maquiavelo.

Pronio no se hizo aguardar.

El rey y el cardenal notaron que la lectura del libro santo no le había quitado nada de la desenvoltura que habían notado en él.

Entró, se detuvo en el umbral de la puerta y saludó respetuosamente primero al rey y luego al cardenal.

— Aguardo las órdenes de S. M., dijo.

— Mis órdenes son muy sencillas, mi querido abad; mando que hagáis todo lo que me habéis prometido.

— Estoy dispuesto, señor.

— Ahora, entendámonos.

Pronio miró al rey; era evidente que no comprendía el significado de esta palabra: *entendámonos*.

— Decidme ¿cuáles son vuestras condiciones? dijo el rey.

— ¿Mis condiciones?

— Sí.

— Yo, no pongo ninguna condición á V. M.

— Pues si os parece mejor, decidme qué favores esperáis de mí.

— El de servir á V. M. y morir por vos, si es necesario.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— ¿De modo que no queréis un arzobispado, ni un obispado, ni siquiera una abadía?

— Si sirvo bien á V. M., cuando todo haya concluído y los franceses estén fuera del reino, podrá recompensarme, y si le sirvo mal me mandará fusilar.

— ¿Qué decís de esto, cardenal?

— Digo que no me admira, señor.

— Lo agradezco á Vuestra Eminencia, dijo Pronio inclinándose.

— De modo, dijo el rey, que todo se reduce á que os demos un diploma.

— Uno á mí, señor, otro á fra Diávolo y otro á Mammone.

— ¿Sois su representante? le preguntó el rey.

— Aun no los he visto, señor.

— ¿Y sin verlos respondéis de ellos?

— Como de mí mismo.

— Eminentísimo, redactad el diploma del señor abad.

Ruffo se sentó y escribió algunas líneas, que decían así:

« Yo, Fernando de Borbón, rey de las Dos Sicilias y de Jerusalén.

» Declaro:

» Que teniendo completa confianza en la elocuencia, patriotismo y genio militar del abad Pronio,

» Le nombro

» MI CAPITÁN en los Abruzzos y en la Tierra de Labor, y en caso necesario en todas las demás partes de mi reino;

» Y apruebo

» Todo cuanto haga en defensa del país, y para impedir que los franceses penetren en él, autorizándole á firmar diplomas semejantes á este á dos personas que él juzgue dignas de secundarle en tan noble empresa, y prometo reconocerlas como por jefes de las masas.

» En fe de lo cual le expedimos el presente diploma.

» En nuestro palacio de Caserta á 40 de Diciembre de 1798. »

— ¿Es eso lo que queréis, abad? preguntó el rey á Pronio.

— Sí, señor; sólo que observo que no ha querido Vuestra Majestad cargar con la responsabilidad de firmar los diplomas de los capitanes que había tenido la honra de recomendarle.

— Es verdad, pero os he autorizado á firmarlos, porque deseo que os queden reconocidos.

— Os lo agradezco, señor, y si V. M. se digna poner al pie de ese diploma su firma y sello, presentándole mis humildes respetos, partiré inmediatamente para ejecutar sus órdenes.

El rey firmó y selló el diploma.

El cardenal se le acercó y le dijo algunas palabras al oído.

— ¿Lo creéis? le preguntó el rey.

— Es mi humilde opinión, señor.

El rey se volvió hacia Pronio.

— El cardenal, le dijo el rey, supone que vos, mejor que nadie, señor abad...

— Señor, dijo Pronio interrumpiéndole é inclinándose, pido mil perdones á V. M.; pero hace cinco minutos que tengo la honra de ser capitán de los voluntarios de S. M.

— Excusadme, mi querido capitán, dijo el rey

riendo; lo había olvidado mirando el breviario que os asoma por el bolsillo.

Pronio sacó del bolsillo el libro que había llamado la atención del rey y se lo presentó. El rey abrió el libro y leyó el título que decía:

« *El príncipe*, por Maquiavelo. »

— ¿Qué significa esto? preguntó el rey, que no conocía ni la obra ni el autor.

— Señor, le contestó Pronio, es el breviario de los reyes.

— ¿Conocéis este libro? preguntó Fernando á Ruffo.

— De memoria.

— ¡Hum! yo no he sabido nunca de memoria más que el *Oficio de la Virgen*, y aun eso desde que me lo enseñó San Nicandro, me parece que lo he olvidado un poco. Pero vamos á cuentas; os decía, capitán, puesto que capitán sois, que el cardenal suponía que vos mejor que nadie podríais redactar una proclama dirigida al pueblo de las dos provincias que acabo de poner á vuestras órdenes.

— Su Eminencia es un buen consejero, señor,

— ¿De modo que sois de su opinión?

— En un todo.

— Sentaos y escribid.

— ¿Debo hablar en nombre de V. M. ó en el mío? preguntó Pronio.

— En nombre del rey, señor, en nombre del rey, se apresuró á responder Ruffo.

— Claro está, en mi nombre, puesto que el cardenal lo desea, dijo Fernando.

Pronio saludó al rey para darle gracias por el permiso que le concedía, no sólo de escribir en nombre de su soberano, sino de sentarse en su presencia. Sentóse con desembarazo, y con gran soltura escribió lo siguiente :

« Mientras estoy en la capital del mundo cristiano, ocupado en restablecer la santa Iglesia católica, los franceses amenazan penetrar en los Abruzzos, á pesar de haber hecho todo lo posible para estar en paz con ellos. Me arriesgo pues, aunque corriendo grandes peligros, á pasar por en medio de sus filas para volver á mi amenazada capital; pero una vez en Nápoles marcharé á su encuentro al frente de un numeroso ejército para exterminarlos.

» Entretanto, corran los pueblos á las armas, para defender la religión y su rey, ó su padre, por mejor decir, que está pronto á sacrificar su vida, por conservar á sus vasallos sus altares y sus bienes, el honor de sus mujeres y la libertad. El que no corra

á alistarse inmediatamente en las banderas de la guerra santa, será considerado como traidor á la patria, y el que las abandone, después de haberse alistado en ellas, sufrirá la pena de rebelde y enemigo de la Iglesia y del Estado.

» Roma, 7 de Diciembre de 1798. »

Pronio entregó al rey su proclama. El rey la pasó al cardenal.

— No entiendo muy bien, Eminentísimo.

Ruffo la leyó.

Pronio, en lugar de mirar al rey durante la lectura, no apartó los ojos del cardenal.

Dos ó tres veces apartó éste los ojos del papel para mirar á Pronio, y otras tantas se encontraron sus miradas.

— No me había engañado, dijo el cardenal á Pronio al concluir la lectura, sois hombre inteligente.

Y dirigiéndose al rey añadió :

— Señor, me atrevo á asegurar á V. M. que nadie en los dos reinos hubiera escrito una proclama con tanta habilidad. Vuestra Majestad puede firmarla.

— ¿ Es vuestra opinión, cardenal, y no tenéis nada que añadir?

— Suplico á V. M. que no cambie ni una sílaba.

El rey tomó la pluma y dijo :

— Firmo confiado en vos, ya lo veis.

— ¿Cuál es vuestro nombre de bautismo, señor ? preguntó el cardenal á Pronio mientras el rey firmaba.

— José, monseñor.

— Ahora, señor, dijo Ruffo, antes de dejar la pluma, podéis añadir al pie de vuestra firma :

« El capitán José Pronio está encargado por mí y en mi nombre de repartir esta proclama, y de velar para que las intenciones que he manifestado sean fielmente cumplidas. »

— ¿ Puedo yo añadir eso ? preguntó el rey.

— Podéis, señor, contestó Ruffo.

El rey escribió las palabras dictadas por el cardenal, y dijo al concluir :

— Ya está.

— Ahora, señor, añadió el cardenal, mientras el señor Pronio nos saca una copia de esta proclama, V. M. firmará á la orden del capitán un bono de diez mil ducados.

— ¡ Monseñor ! dijo Pronio.

— Dejadme hacer.

— ¿ Diez mil ducados ? exclamó el rey.

— Señor, suplico á V. M...

— Vamos, vamos, dijo el rey. ¿ Á cargo de Corradino ?

— No ; á cargo de la casa Andrés Backer y compañía ; es más seguro y más rápido.

El rey se sentó, extendió el bono y lo firmó.

— Aquí está la copia de la proclama de S. M., dijo Pronio, presentándola al cardenal.

— Ahora nos entenderemos, dijo Ruffo á Pronio. Ya veis la confianza que el rey os dispensa. Tomad este bono de diez mil ducados, mandad imprimir de esta proclama todos los ejemplares que se puedan en veinticuatro horas, y los mil primeros se fijarán en las esquinas de Nápoles, si es posible, antes de que llegue el rey. Ahora son las doce del día ; necesitáis hora y media para ir á Nápoles ; á las cuatro la impresión puede estar hecha. Llevaos diez, veinte, treinta mil ejemplares, esparcidlos por todas partes, pero que antes de mañana por la noche pasen de diez mil los repartidos.

— ¿ Y qué haré con el resto del dinero ?

— Compraréis fusiles, pólvora y balas.

Pronio, lleno de alegría, iba á precipitarse fuera de la habitación.

— ¿ Cómo, no veis, capitán ?...

— ¿ El qué, señor ?

— El rey os da á besar su mano.

— ¡ Oh ! señor, exclamó Pronio besando la mano al rey, ni aun el día que pierda la vida por V. M., habré pagado la honra que me dispensáis.

Y Pronio salió, dispuesto en efecto, á morir por el rey.

Fernando esperaba sin duda con impaciencia la salida de Pronio, porque había tomado parte en aquella escena sin comprender demasiado el papel que en ella representaba.

— Á fe mía, dijo el rey, que si no comprendo una jota de cuanto pasa debe ser la culpa de San Nicandro ; pero que el diablo me lleve si entiendo vuestro entusiasmo por esa proclama que no dice palabra de verdad.

— ¡ Ah, señor ! justamente porque no dice palabra de verdad, la admiro. Ni V. M. ni yo nos hubiéramos atrevido á hacerla.

— Veamos, dijo Fernando, explicádmela, á ver si vale mis diez mil ducados.

— Si hubiera de pagarla en lo que vale, no sería Vuestra Majestad bastante rico para hacerlo.

— ¡ Cabeza de burro ! dijo Fernando dándose un puñetazo en la frente.

— ¿ Quiere V. M. que la comentemos ?

— Como queráis.

El rey ofreció la copia al cardenal.

Ruffo leyó :

« Mientras que estoy en la capital del mundo cristiano, ocupado en restablecer la Iglesia católica, los franceses amenazan penetrar en los Abruzzos, á pesar de todo lo que he hecho para vivir en paz con ellos... »

— ¿ Sabéis que eso no me causa aún admiración ?

— Es lástima, señor. Ved la importancia de esto. Estáis en Roma en el momento en que escribís esta proclama, y estáis tranquilamente, sin otra intención que la de restablecer la santa Iglesia católica ; ni destruí los árboles de la libertad, ni queréis ahorcar los cónsules, ni permitís al pueblo que queme á los judíos ó los arroje al Tiber. Estáis en Roma, pero inocentemente, sólo por los intereses del Santo Padre.

— ¡ Ah ! dijo el rey que empezaba á comprender ya.

— No estáis allí, continuó el cardenal, para hacer la guerra á la República, puesto que habéis hecho todo lo posible para vivir en paz con ella, tratáis á los franceses como amigos, ellos os amenazan con *penetrar en los Abruzzos*.

— ¡ Ah ! dijo el rey que comprendía ya.

— Por consecuencia, á los ojos de cuantos lean este manifiesto, y lo leerá el mundo entero, vienen de su parte y no de la vuestra, el mal proceder, la ruptura y la traición. Á pesar de las amenazas que os ha hecho el embajador Garat, fiáis en ellos como en aliados que deseáis conservar á cualquier precio. Vais á Roma lleno de confianza en su lealtad, y mientras estáis allí, tranquilamente, sin sospechar nada, los franceses os atacan de improviso y derrotan á Mack. Convenid, señor, en que un general y un ejército sorprendidos sean derrotados.

— ¡ Calla ! dijo el rey que comprendía cada vez mejor, á fe mía que es verdad.

— Y V. M. añade :

« Me arriesgo, pues, á pesar de todos los peligros, á atravesar por enmedio de sus filas para volver á mi capital amenazada. Una vez en Nápoles, marcharé á su encuentro con un numeroso ejército para exterminarlos... »

— Ya lo veis, señor, á pesar del peligro que corre, Vuestra Majestad se arriesga á atravesar sus filas para volver á su capital amenazada. ¿ Comprendéis, señor ? Vos no huís de los franceses ; al contrario,

atravesáis sus filas ; lejos de temer el peligro, lo afrontáis. ¿ Y por qué exponéis temerariamente vuestra sagrada persona ? « Por defender vuestra capital amenazada, por marchar en fin con un numeroso ejército al encuentro del enemigo para exterminarlo... »

— ¡ Basta ! exclamó el rey soltando la carcajada, ¡ basta, querido cardenal ! He comprendido ; gracias á esta proclama, voy á pasar por un héroe. ¿ Quién diablos lo hubiera adivinado, cuando trocaba mis vestidos con Ascoli en la posada de Albano ? En verdad tenéis razón, y vuestro Pronio es un hombre de genio. ¡ Lo que tiene haber estudiado á Maquiavelo ! ¡ Calla ! y se ha dejado el libro.

— Podéis guardarlo, señor, para estudiarlo, porque él lo sabe ya perfectamente.